

First system of a piano score in G major. The right hand features a melodic line with eighth and sixteenth notes, while the left hand provides a rhythmic accompaniment. Pedal markings are present below the bass staff.

Pedal markings: Ped, Ped, Ped, Ped, Ped, Ped

Second system of the piano score. The right hand continues with a melodic line, and the left hand has a more active accompaniment. The instruction *p e piacevolmente* is written above the right hand. Pedal markings are present below the bass staff.

p e piacevolmente

Pedal markings: Ped, Ped, Ped, Ped

Third system of the piano score. The right hand has a melodic line with some grace notes, and the left hand has a steady accompaniment. Pedal markings are present below the bass staff.

Pedal markings: Ped, Ped, Ped, Ped

Fourth system of the piano score. The right hand has a melodic line with grace notes, and the left hand has a steady accompaniment. The instruction *sempre dimi - nu - en - do* is written above the right hand. Pedal markings are present below the bass staff.

sempre dimi - nu - en - do

Pedal markings: Ped, Ped, Ped, Ped

Fifth system of the piano score. The right hand has a melodic line with grace notes, and the left hand has a steady accompaniment. The instruction *dimi - pp* is written above the right hand. The system ends with a double bar line and a final chord. Pedal markings are present below the bass staff.

dimi - pp

Pedal markings: Ped, Ped, Ped, ped, Ped



Graupera convaleciente. Primera fotografía obtenida después del atentado. El Presidente de la Federación Patronal tiene a su derecha al distinguido abogado barcelonés D. José María Montagut, íntimo amigo, y a su izquierda a nuestro redactor Sr. Marquínez

LA CUESTION SOCIAL EN BARCELONA

HABLANDO CON EL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN PATRONAL

He aquí el hombre

Para la mayor parte de los españoles está sonando el nombre del Sr. Graupera como el de uno de esos héroes que debieron su popularidad a un momento; ese momento de agitación que tantas figuras improvisadas dió a los partidos revolucionarios.

Durante la celebración del último Congreso patronal comenzamos a ver en las informaciones periodísticas el nombre del Presidente de la Federación de Patronos barceloneses, y aun cuando nos admirase la serenidad de juicio que a través de sus discursos se reflejara, como nada sabíamos de su significación ni de sus antecedentes, pudo parecernos no más que uno de tantos patronos que sobresalía simplemente, entre sus compañeros, por defender con mayor ardor los intereses de la clase. Luego, cuando ya en plena lucha Graupera aparecía como caudillo de uno de los dos bandos, pensamos que haciéndose necesario el caudillaje, pues que caudillos contaba también el bando enemigo, donaron los patronos tal investidura a nuestro hombre por la entereza con que dirigió hasta entonces cuanto a su dirección se encomendara. Mas, herido gravemente por los sindicalistas que pretendieron hacerle pagar con su vida sus aciertos, no faltó quien murmurara a nuestros oídos que Graupera representaba muy bien su papel; y muy a gusto, por tanto, de quienes lo colocaron en aquella postura.

Confesamos que no conocíamos al Presidente de la Patronal hasta que nos concediera el honor de recibirnos en su domicilio para hacernos las declaraciones que vamos a transcribir; pero informes en inmejorable fuente recogidos y documentos puestos en nuestras manos por persona amiga, nos autorizan para hacer, en escaso número de líneas, la presentación de nuestro entrevistado.

Hijo de un contratista de obras quiso su padre que, antes de sucederle en la dirección de los negocios, adquiriese el co-

nocimiento perfecto de lo que había de constituir su profesión. E hizo que el muchacho no llegara a ser patrono sin saber de las penalidades y de las fatigas del obrero. Y en los primeros años de su juventud vemos a Félix Graupera levantando, ladrillo sobre ladrillo, tabiques y paredones en los edificios cuya construcción su padre contrataba. Supo entonces cómo era el vivir de sus compañeros de trabajo y cuáles las necesidades que a él, como hijo de patrono, no apuraban; y sintiendo como los obreros sentían, con ellos se asoció y con ellos y para ellos reclamó mejoras cual si se tratase de su propio mejoramiento.

En 1897 Félix Graupera, Secretario del Centro obrero Católico, de Nuestra Señora de Monserrat, organizado a la manera de los antiguos gremios, redactaba y leía ante una asamblea general la Memoria reglamentaria cuyo contenido armoniza admirablemente con cuanto hoy sigue pensando y sintiendo. Y desde aquella fecha —treinta y tres años ha— Graupera ha sido en todo instante el mismo hombre de acción y ha dedicado sus esfuerzos a la propaganda de las doctrinas sociales, que están basadas en el Evangelio y explicadas en la encíclica de León XIII.

Sería prolijo apuntar aquí todos los actos en que como obrero católico tomara parte y todas las iniciativas que a la realidad llevó con resultados felicísimos en cuanto dependía de su gestión. En el transcurso de estos últimos años Graupera es cerebro dirigente en la Sociedad de Contratistas; y en 1918 antes de que la Federación Patronal naciera, el ex-obrero redactaba un contrato de trabajo para proponerlo a los patronos de su ramo, contrato entre cuyos bases encontramos la de la participación de los obreros en los beneficios.

Nacida la Federación de aquel centro de Contratistas se confía a Graupera su presidencia; y él sintiendo la necesidad de cambiar impresiones con los patronos del resto de España propone la celebración de un Congreso, y la idea no solo es acogida por sus compañeros de directiva sino que también ob-



Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. Enrique Reig Carranza, Obispo de Barcelona, que ha sido elevado a la silla metropolitana de Valencia



Excmo. Sr. D. Francisco Maestre La Borde, Gobernador civil de la provincia

tiene el placet de la confederación. Y al comenzar sus tareas organizadoras, los comisionados, entre los que se encuentra Graupera, estimando que aquella transcendental asamblea debía realizar una labor eminentemente social y eminentemente cristiana, acuden al docto Prelado de Barcelona para solicitar la colaboración de preclaras personalidades eclesiásticas que en la materia que debía ser objeto de estudio en el Congreso habían ya apuntado orientaciones y remedios.

Con estos antecedentes a nadie extrañará ya que la figura de Graupera haya cobrado relieve en estas circunstancias; pues que a su vida continua de hombre de acción se debe, en gran parte, esta unión perfecta de las clases patronales españolas sin otra finalidad —ya lo apunta él firmemente en sus declaraciones— que la de acabar con el sindicalismo que amenaza con la ruina a España; y una vez exterminado el sindicalismo hacer de la industria y del comercio españoles lo que siempre debieron ser: factores importantísimos que hagan figurar de nuevo a nuestra patria en el cuadro de las naciones ricas y prósperas; que a tales títulos le dan derecho la fertilidad de su suelo y las virtudes de sus hijos.

Por y para el obrero

El Presidente de la Patronal, al conocer nuestro propósito, nos pregunta: —¿Pero qué he de decirles después de cuanto llevamos dicho en discursos y manifestos?

—Es posible que nuevo no tenga usted que decirnos nada; más puede ser también que ocurra lo contrario. Y aún cuando nos repitiera cuanto ya han manifesta-



Excmo. Sr. D. Joaquín Milans del Bosch, que ha dimitido su cargo de Capitán General de Cataluña

do ustedes, ¿no cree que compeñado lo que al público se le sirvió en retazos, contenidos en otras tantas notas, ha de gustarlo y ha de meditarlo ahora más y mejor que cuando el ambiente estaba saturado de pasiones dictadoras muchas veces de aquellos manifiestos que autoridades, Federación y sindicalistas publicaron?

—¡Ea,.. pues vamos allá!, —exclama el Sr. Graupera arrellanándose en su butacón, mientras nosotros nos acomodamos también para escucharle.

Ya dispuestos el uno frente al otro:

—¿De dónde partimos? —nos dice.

—Del último Congreso patronal— le respondemos.

Nuestro interlocutor hace un pequeño esfuerzo de imaginación; tose débilmente, al tiempo que se lleva ambas manos al costado derecho y comienza:

—He sido yo, y lo sigo siendo, tan amigo del obrero; y he visto tan de cerca su modo de vivir que era mi preocupación de siempre poder proporcionarle algún bienestar; y llegando más allá que al aumento de los salarios pensaba siempre en la previsión y en el seguro, extraños hoy a la clase humilde porque arriba y abajo se desconoce el problema social. Y un día creí —¡sueña uno tanto!— que esa falta de previsión podía suplirse; que podíamos llegar, obreros y patronos, a una mutua colaboración para asegurar, ellos un presente y un porvenir tranquilos y decorosos; nosotros la normalidad en nuestras operaciones y el cumplimiento en nuestros contratos.

Deseando saber cómo opinaban los patronos españoles en este sentido, pues los conflictos sociales se agudizaban y era necesario que nosotros marcáramos



mos las normas con arreglo a las cuales habríamos de iniciar una intervención, dispuestos siempre a atender las peticiones justas de los obreros, acordamos que el segundo Congreso Patronal, que dos o tres años antes debía haberse celebrado, se verificara sin pérdida de momento. Por cierto que a los organizadores de este acto, del que sólo habrían de salir acuerdos beneficiosos para la clase trabajadora, se les puso, no diré por parte de quién, toda clase de obstáculos; se les negó la franquicia de Correos con un pretexto que quedó desvirtuado por la con-



cesión inmediata de la misma merced a otro Congreso, y se retuvo la correspondencia, siendo causa esto de que muchos congresistas no disfrutaran el beneficio que las Compañías Ferroviarias concedieron. No obstante al Congreso acudieron más de 4.000 patronos, siendo más de 2.500 representantes de entidades.

El Congreso fué ajeno al lock-out

¿...?
—No señor. Es preciso des-
hacer el error. El lock-out,



Arriba.—
La brigada
automovi-
lista, que
presta me-
ritísimos
servicios.

En el cen-
tro.—Exce-
lentísimo
Sr. D. Ma-
ximiliano
Soler, Co-
mandante
General de
los Soma-
tenes arma-
dos de Ca-
taluña.

Abajo.—
En las no-
ches de agi-
tación, los
somenes,
situados en
parajes
apartados
de la ciu-
dad, ca-
chean a los
transeun-
tes.

no fué acuerdo del Congreso Patronal, el cual se atuvo a la labor que no detallo a usted porque está en la memoria de todos; una labor encaminada a procurar mejoras a los obreros, reconocida por todos la necesidad de atender muchas de sus justas demandas. El lock-out fué acordado quince días antes por la Federación Patronal, en Jun a general en que yo expuse la actitud que iban adoptando los sindicalistas de Barcelona y hablé del remedio que, en mi opinión, se imponía. Los demás compañeros hicieron suyas mis palabras y se facultó al Directorio para que ordenara al cierre cuando lo tuviera por conveniente a partir de la clausura del Congreso.

Existiendo la Confederación Nacional, de la que nuestra Federación catalana no es más que una parte adherida, y afectando solo a Barcelona el lock-out, no se puede hacer responsable de este, declarado solo en parte de la región, a una Asamblea que tenía carácter nacional. La unanimidad en los pareceres surgió pronto, eso sí; y cuando los patronos del resto de España nos vieron encarados con el Sindicalismo pusieron de nuestro lado y recogieron todas nuestras iniciativas.

En propia defensa

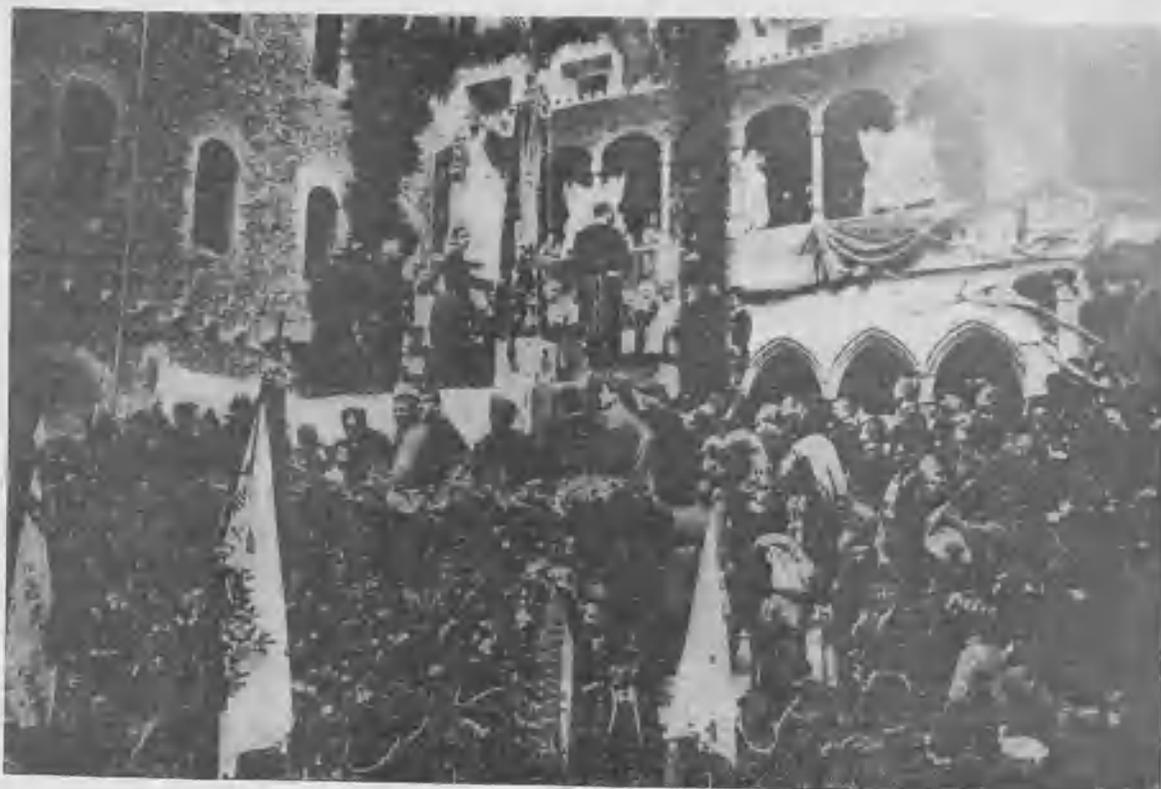
—¿...? —Pues verá usted. Al lock-out se llegó porque la vida de los patronos catalanes se iba haciendo imposible. La indus-

patrono; y se nombraron delegados sindicales cuyo proceder habría acabado con nuestra dignidad; y se presentaban a cada instante no peticiones justas, que de ellas no hemos recelado nunca, sino verdaderas exigencias sin más alcance que el de ir ganando ellos terreno para acabar mandando en las fábricas y en los talleres. Y veíamos, por último, con sorpresa, que cuando se pasó de las imposiciones al atentado personal, la autoridad se ausentaba y las vidas de nuestros compañeros, y la nuestra después, estaban al alcance de cualquier pagado que, tras una esquina escondido, tiroteaba sin consuelo, o en el quicio de una puerta aguardaba el paso de un patrono para servir a la causa del Sindicato hundiéndolo su puñal, por la espalda, en el cuerpo del sentenciado.

Todo esto ocurría sin que las autoridades impusieran castigo y sin que hiciesen, al parecer, propósito de evitar esos atentados criminales. En lucha pues patronos y sindicatos; con armas completamente desiguales, pues usar las de ellos ni es humano ni es cristiano; sin la esperanza de que, quien podía, pusiera remedio al mal, no nos quedaba otro camino que el que más tarde comenzamos a recorrer.

El sindicalismo creció cuando quebraba

—¿...? —Aún cuando puedan aparecer como hijas de la pasión estas afirmaciones, para mí son hijas del convencimiento, por-



S. M. el Rey D. Alfonso XIII colocando la primera piedra del monumento a los héroes del Bruch, después de haber revistado 30.000 somatenes reunidos en Monserrat (Abril de 1904).

tria sufría quebrantos que no podía tolerar, porque era dispo- nerse a morir, y habíamos entrado ya en el sendero que los directores del Sindicalismo señalaran. Los sindicalistas venían desde tiempo atrás laborando en la sombra. Sin dar al obrero un programa definido y claro, se limitaban a hablarle de reivindicaciones que el trabajador, naturalmente, ansiaba. Nosotros —le decían— haremos que trabajas ocho horas y no diez, y que cobres siete pesetas en vez de cuatro. Aumentadas por este procedimiento las filas de los sindicatos, sus directores, contando ya con una gran masa que, tras el cebo del más ganar y menos trabajar iba a todas partes, comenzaron a cotizarse en las esferas gubernamentales. Y el Gobierno debió ver en esos elementos materia aprovechable porque los alentó, creyendo que así restaba fuerza a las huestes regionalistas que hasta aquel entonces habían tenido en jaque a todos los gabinetes. E iniciaron los sindicalistas lo que ellos llaman *acción directa*; y se dispusieron a la lucha franca contra el capital, comenzando por la clase patronal en la que ellos ven la representación del adinerado; y se llenaron de hojas sueltas los bolsillos de los trabajadores; hojas en las que se leía muy frecuentemente «Tú eres el robado. El ladrón es el

que además están probadas con los hechos y no dudo en sentarlas. El sindicalismo tomó un incremento con que sus directores no soñaban durante la permanencia en el poder del Sr. Sánchez de Toca. Con nuestra firmeza en los primeros días del lock-out hicimos que tambalearan los sindicatos; y cuando creíamos merecer el apoyo gubernamental, no porque fuéramos patronos, sino porque habíamos hecho lo que el Gobierno no hiciera: disponernos al ataque contra los que querían llevar a España por los derroteros que a Rusia condujeron a la ruina: cuando esperábamos, digo, del Gobierno que se hiciera cargo de cuál era su deber, nos enteramos de su connivencia con los sindicalistas. «Conviene a Sánchez Toca echar carne a las fieras para entretenerlas y evitar la campaña —se decía por Madrid—. «Ya habrá tiempo, con el Gabinete sucesor del mío, que no ha de consentir lo que yo, para que en Barcelona ocurra algo sonado; y entonces —pensaba sin duda D. Joaquín— la gente volverá los ojos a esta bandera de tranquilidad que le ofrezco, aun cuando para conservar la sea menester empeñar todo lo empeñable». Y así un día y otro, las figuras del sindicalismo iban de la Presidencia a Gobernación y de aquí a la Presidencia para llevarse,

cuando menos, parte del escaso caudal de dignidad que iba quedando al Gobierno.

—¿...?

—Eso es... y nos mandó un gobernador de la talla del señor Amado... un gobernador que supo hacerse digno representante de tal Gobierno. Si ánimamente cobraban en Madrid los Directores del sindicalismo para proseguir su actuación, más animados aún salían de sus entrevistas con la primera autoridad civil de la provincia. Después de que la autoridad militar (a la que secundamos en todo sin ningún recelo) había hecho fracasar la huelga general, cuando nosotros iniciamos el lock-out y lo manteníamos con éxito, nos avinimos a cuantas indicaciones nos hiciera el Sr. Amado... y recorrimos el calvario de las negociaciones... ¿para qué detallarlas ahora?... El gobernador era, sin embargo, cuando nosotros le visitábamos, el hombre enérgico, el hombre que estaba deseando obrar concreta y severamente; lo que él quería era que le dejasen hacer. Pues verá usted como dió muestras de su energía.

La Comisión mixta de patronos y obreros había firmado unas bases de arreglo. En una de ellas, en la décima, se disponía el levantamiento del lock-out y la suspensión de todas las huelgas y boicots. Con un recelo ya justificado se convino lo del plazo de las cuarenta y ocho horas, como usted recordará; pero tras ligero cambio de impresiones nos avinimos los patronos a conformarnos con la garantía de que el Gobierno se encargase de hacer cumplir el compromiso. Se publicó la Real orden que precedía al texto de las bases, los patronos abrieron sus establecimientos, pero quedaron subsistentes varias de las huelgas planteadas.



Un momento durante el reparto de armas a los somatenes.—«... Su causa es la del orden, su divisa la protección y el respeto mutuos...»

poder ejecutivo puede hacer que se cumpla la pena. Se impone, por tanto, esta tramitación que puede llenarse con la misma Comisión mixta que fallará y yo haré que el fallo se cumpla.

Nosotros procuramos hacerle comprender que estaba lamentablemente equivocado: primero porque la Comisión mixta, creada con carácter determinado no podía tener facultades judiciales; y segundo porque la Comisión mixta, integrada por el mismo número de obreros que de patronos, no podría llegar a un acuerdo sobre el incumplimiento de una base que ella misma redactó.

Mas como parecía prevalecer el criterio de seguir atizando la hoguera sindicalista, nada se consiguió; las negociaciones se dieron por fracasadas y las cosas quedaban con un carácter de mayor gravedad.

En vista de que tampoco la intervención oficial bastara para que los sindicalistas cumplieran lo pactado, visitamos al señor Amado. Ya ha visto usted —le dijimos— como han respondido los obreros a la base décima. ¿Qué dice el Gobernador? ¿Qué va a hacer el Gobierno?

—Ahora es la mía —nos contestó—. Ustedes vayan a casa tranquilos y esperen el día de mañana, que hoy empiezo a obrar yo.

—Pues hasta mañana, señor gobernador —le dijimos— y nos retiramos.

Al día siguiente encontramos al hombre decidido sin saber cómo abordar el tema. Por fin, después de grandes rodeos, nos dijo: Respecto del incumplimiento de la Real orden el gobernador no puede hacer nada, porque el Código marca que es necesaria la intervención de un Tribunal que dicte sentencia para que el



Graupera (x) a los 17 años, en un grupo de propagandistas y obreros católicos

"...Pero el Rey, como nosotros, tiene un Gobierno"

¿Qué pensará de todo esto el Gobierno de Madrid? —preguntábamos no obstante las enseñanzas que de los sucesos íbamos sacando—. ¿Qué pensará el Gobierno de Madrid? ¿Qué pensará el Monarca? Y a Madrid nos fuimos. Y nada le diré a usted de nuestra entrevista con los representantes de los poderes públicos...

—Pero sí de su entrevista con el Rey.

—Sí, de esa sí. El Rey estudia todos y cada uno de los problemas que en España se plantean y adquiere de ellos el conocimiento que es indispensable para poder, con acierto, ofrecer soluciones prácticas. Nosotros lo encontramos enterado no ya de lo que en España ocurría y nos afectaba, sino de cuanto, en el mismo orden de cosas, acontecía en otras naciones. Y nos ofreció hacer cuanto en su mano estuviese para el restablecimiento de la normalidad... Y vimos sus buenos oficios empleados en procurar el mejoramiento del conflicto... Pero el Rey, como nosotros, tiene un Gobierno... Y no obstante su buen deseo, tras unos días de buenas impresiones, volvimos a las andadas...

La franca contrarrevolución

—¿...?

—Ampliamos el lock-out, esta vez con la conformidad de todos los confederados y esta vez también dispuestos a todo lo que fuese menester hacer para vencer a los sindicalistas, incluso a ir a la barricada. Era el carácter de este lock-out completa y francamente contrarrevolucionario y las cosas no han llegado a más de lo que usted ha visto por el arribo a esta provincia del Sr. Maestre Laborde. Antes, levantado el Estado de guerra con el que se tenía a raya a los agitadores, ya le indico que la autoridad desapareció en absoluto. A nadie se le temía, porque nadie daba la sensación de que había sido elevado a un cargo para mandar y hacer que todos cumplieran sus mandatos. Ahora por lo menos la autoridad ha hecho un acto de presencia. El Sr. Maestre, con quien en el fondo todos estamos de acuerdo, ha hecho que la tranquilidad vaya ganando terreno en Barcelona. Pero el Sr. Maestre desgraciadamente, no podrá hacer todo lo que aquí es necesario que se haga para asegurar la tranquilidad de mañana. Quizás sea yo el menos indicado para hablar de estas cosas; más aunque doloroso, hay que decir claro a los poderes públicos: ¿No tenéis en vuestras manos a los culpables de hechos consumados? ¿Por qué demoráis la tramitación de causas cuando urge tanto dar la sensación de que las leyes se hicieron para que fuesen cumplidas y los Códigos para obrar según su articulado por duro que sea su contenido? Pues ¿tanto valen las vidas sindicalistas que habiendo el sindicalismo perpetrado más de doscientos crímenes aún os esforzáis en respetar a sus autores? Sería horroroso pensar que pasáis por la sentencia dictada por un grupo de gente que vive contra la ley y os detenéis ante la que vuestros tribunales de justicia dicta con todos los requisitos legales...

El Sr. Graupera, que había puesto bastante calor en este punto de la conversación, pronuncia las últimas palabras con bastante fatiga. Tose e instintivamente ha repetido la acción, de oprimirse el costado derecho con ambas manos. A nosotros nos asalta el recuerdo del atentado de que fué víctima, y como si adivinara nuestro pensamiento, nos dice tras el último golpe de tos:

—No, no es la herida la que me hace hablar así. Es un espíritu de justicia que duele al sentirlo pero que es necesario respetar. Es el deseo de que la autoridad desempeñe sus funciones para que los ciudadanos nos guardemos los debidos respetos en nuestras vidas y en nuestras haciendas. Vea usted lo que está ocurriendo ahora. Las fábricas se abrieron el día 26 conforme a la disposición gubernativa. Los obreros comenzaron a volver al trabajo, pero con una lentitud que no hubiera existido si la coacción no se ejerciera con más fuerza que antes y si los trabajadores no contasen con la represalia del Sindicato. Al obrero le sobra la pareja de Seguridad que guarda su persona cuando sabe que quienes ejercen cargo público garantizan la libertad del trabajo con el prestigio que han dado a su autoridad, dejando sentir en tiempo oportuno la eficacia de las leyes.

El atentado se refrasó un día

—¿Apuntaremos algún detalle nuevo en relación con el atentado de que usted fué víctima?

—¿Qué se yo! Se ha debido escribir tanto sobre ello... El atentado contra mí tenía que llegar porque ya me lo habían anunciado. De ello, pues, estaba ya persuadido y lo estaban también las autoridades. Aquel día, al salir de casa, ví que en un trecho muy largo había gran lujo de fuerzas. No me extrañó aun cuando me llamara la atención, porque la víspera alguien llamó por teléfono a mi despacho dándome la enhorabuena, pues al parecer había salido yo con bien del «ataque». Después supimos que, efectivamente, contra mí, se debió de atentar el día anterior. «¿Qué, ¿hay noticias frescas?» —pregunté a los que me acompañaban. Y ellos me dijeron: «Sí»; parece que hoy están dispuestos a «meterse con usted». «Bueno, ¿Qué le vamos a hacer» —respondí; y seguimos camino de la Patronal.

Cuando volvimos ya la fuerza había desaparecido sin que sepamos por qué causa, y en la forma que usted ya sabe se nos hizo una descarga nutridísima. Al sentirme herido busqué mi revólver, bajé del auto... y lo demás ya lo sabe el público.

El obrero español no puede ser comunista

—¿Qué propósitos tiene la Federación para lo sucesivo?

—No lo sé. Debido a mi estado no he acudido a las reuniones y sólo conozco los acuerdos cuando mis compañeros vienen a comunicármelos. Por otra parte, me gusta siempre asumir la responsabilidad de mis actos y espero el restablecimiento de mi salud para volver a mi vida ordinaria y al desempeño de mi cargo.

—¿Y para entonces, cuáles son los planes de usted?

—Pues seguir aunando más nuestras fuerzas en toda la región, preferentemente en aquellas en que ya el sindicalismo tiene sus víctimas, para continuar luchando como hasta aquí. Fíjese usted bien en que le hablo siempre de sindicalismo y sindicalistas, no de obreros; porque la lucha con los obreros no existiría. Los patronos españoles obramos ahora como ciudadanos cuyos intereses morales y materiales, por la índole de los mismos, son siempre los primeros que sufren el asalto revolucionario. Nuestra lucha es contra el sindicalismo que conduce ahora descaradamente a las masas obreras y comienza ya a hablarles de un comunismo reductor que no presenta más que por el lado que afecta al dinero. Nosotros sabemos que el obrero español —y yo como catalán puedo hablarle mejor del obrero de Cataluña con el cual he convivido— es muy amante de su suelo, de su familia, de su esposa y de sus hijos; y todos estos sentimientos que tan arraigados se hallan en él, le pondrán en franca rebeldía cuando le presenten el pleno de las doctrinas comunistas de que ahora sólo le hablan haciéndolo a base de la famosa *repartidera*.

Contra esos luchamos nosotros; y estamos seguros de que cuando las demás clases sociales se den cuenta de que la Revolución no hace las cosas a medias y de que, vencidos nosotros pasaría a elegir otras víctimas, imitarán nuestro ejemplo; que si aún faltaran el sentimiento patrio y el deseo de tranquilidad, quedaría por lo menos el del egoísmo.

Puede usted decir también que una vez restablecidos los trabajos, vuelta la tranquilidad a las ciudades y la garantía a los individuos, los patronos españoles llevarán a la práctica los acuerdos del Congreso que encierra ventajas reales para el trabajador, estableciéndose el seguro, y llegándose, en cuanto se pueda, a la participación del obrero en los beneficios. De lo que no somos partidarios es de la disminución de jornadas; antes al contrario, fomentaremos la producción mejorando los útiles del trabajo y estableciendo premios para la superproducción. También nos interesa que conste que la Federación patronal no es política y yo entiendo que debe vivir siempre alejada de los políticos; pero la Federación prestará apoyo con preferencia a todo Gobierno cuya gestión tienda al acrecentamiento de nuestra riqueza nacional y a la conservación de la tranquilidad pública.

—¿Dice usted Sr. Graupera —y perdone si le interrumpo demasiado— que la lucha está entablada entre ustedes y el sindicalismo y no entre ustedes y los obreros; y parte de la opinión entiendo que siendo eso verdad también lo es el que los obreros sufren las consecuencias. ¿Por qué esa rotunda negativa a satisfacer los jornales de las diez semanas de lock-out?

—Pues verá usted. Hay algunas industrias que pueden pagar esos jornales sin gran quebranto; pero otras, a las cuales

el lock-out ha perjudicado grandemente, no lo pueden hacer. Por otra parte, en estas luchas se producen daños que no se pueden evitar. Pero hay una razón que nos obliga también a no satisfacer el importe de esos jornales. Los obreros están alcanzados por el Sindicato en la cuota de casi todas las semanas que no han trabajado. Al satisfacer nosotros los jornales, el Sindicato procedería inmediatamente al cobro de esas cuotas, y si tenemos en cuenta que quizá pasan de 400.000 los obreros cotizables, a razón de una cuota media mínima de una peseta por semana, resultaría que entregáramos al Sindicato cuatro millones de pesetas, con lo cual lejos de vencerle le proporcionáramos nuevas armas con que atacarnos. Y supóngase usted, además, la fuerza moral que ante los obreros habrían ganado sus caudillos.

¡Fotografías... no!

Nos disponíamos a dar por terminada nuestra conversación cuando entró en el despacho un íntimo amigo de la casa, don José M.^a Montagud, Presidente del Centro Católico de Nuestra Señora de Monserrat, cuya vicepresidencia ejerce actualmente el Sr. Graupera. Hasta aquel momento, aunque en

vano, habíamos tratado varias veces de que nuestro interrogado se dejase fotografiar; aprovechando la presencia de su buen amigo reanudamos el ataque.

—Vamos, Sr. Graupera, es un instante.

—Comprenderán ustedes que no es por el tiempo, que ahora no me apremia; es porque... ¡fotografías, no!

Pero Badosa, nuestro hábil fotógrafo, iba, en un rincón de la estancia, preparando sus bártulos. Nosotros insistíamos con el manido razonamiento de que se pudiese negar autenticidad a nuestra entrevista; pero Graupera, inmovible ante nuestras súplicas, continuaba negándose.

De pronto Badosa, como si nos amenazara un grave peligro, grita: ¡Señores, quietos un momento! ¡Cuidado, no se muevan!

Dirigimos hacia él nuestra mirada... Y al darse cuenta de que la habilidad del fotógrafo había triunfado logrando que le mirásemos sencillamente:

—Pero estos chicos... —exclama Montagud.

—Esto es un atraco —protesta Graupera.

Y nosotros sonreímos satisfechos del resultado de la maniobra.

Barcelona y Enero de 1920. FRANCISCO MARQUINEZ



El Dr. Martínez Vargas, con las señoras y señoritas que últimamente han obtenido el título de Damas Enfermeras de la Cruz Roja

«PAZ, PAZ Y SIEMPRE PAZ»

Cuando en los comienzos del pasado año la cuestión social hizo que en Barcelona se produjera una paralización casi absoluta en la mayor parte de los servicios, las gentes de orden reaccionaron saludablemente y se dispusieron a secundar la actuación de los elementos militares que en aquellos días habíanse encargado de llenar las necesidades públicas que los directores de los Sindicatos habían hecho abandonar a los obreros. Ya para entonces un grupo de ciudadanos conscientes de su deber se habían echado a la calle dispuestos no sólo a la defensa de intereses individuales sino a hacer fracasar todo intento de ataque que contra el interés colectivo realizaran los perturbadores de la tranquilidad pública.

Y el espíritu de los antiquísimos somatenes armados de Cataluña que con su lema de PAZ, PAZ Y SIEMPRE PAZ dieron a la región tantos días de gloria, encarnó en el vecindario barcelonés y se procedió a una organización inmediata que trajo como resultado la contención de la riada revolucionaria cuando se disponía a inundar con el caudal de sus odios la ciudad de los Condes. En otra época de triste recordación, con no ser las circunstancias tan críticas, los desafueros llegaron incluso a traspasar las puertas de los Santuarios; hoy la acción ciudadana ha obligado a los revoltosos a encerrarse en sus

madrigueras de donde salen sólo para obrar aisladamente y amparándose en cuanto pueda ofrecerles garantía de impunidad.

La actuación de los somatenes resulta eficacísima y todas las personas honradas la aplauden colaborando a que sus filas engrosen de día en día. Tal prueba el hecho de que en Agosto del año último contaran 43.500 individuos y pasen hoy éstos de 60.000.

No es muy conocida fuera de Cataluña la misión de los somatenes y se sabe poco también de su significación y de las atribuciones que tienen en tiempos de algarada. Por eso creemos de interés reproducir algunos párrafos contenidos en las instrucciones que el primer Comandante general, señor Cavanaugh, dictara, y el acuerdo adoptado por la Comisión organizadora que afecta a la movilización:

«La acción de defensa colectiva —dice el general Cavanaugh— se entiende obligatoria solamente para los hombres jóvenes y vigorosos que se presten a velar por las vidas y haciendas de sus convecinos en cuyas casas no dispongan de hombres útiles para hacerlo o se encuentren imposibilitados. En su virtud, y teniendo en cuenta que todos debemos ofrecernos al sacrificio en aras de la sociedad y del orden, ya

Un recuerdo

«que esta colectividad tiende únicamente a defender los sagrados derechos de la propiedad y del bien público, contrarios a todo egoísmo personal, los que se alistén con el sólo objeto de prestar servicio en su domicilio, deberán hacerlo constar así al inscribirse para que se tenga en cuenta en la organización de los distritos. Los ancianos, desde luego, se emplearán dentro de su propia casa.»

Por disposición de la Junta organizadora del Somatén armado de Barcelona la movilización de esta entidad se hará:

«1.º Al ordenarlo por conducto de sus jefes naturales el Excmo. Sr. Capitán General de la Región.»

«2.º Al ser declarado el estado de guerra, siempre que en los bandos no se prevenga lo contrario.»

«Siempre que el Somatén actúe durante el estado de guerra, usarán las clases e individuos un brazal de los colores nacionales con el escudo de la Institución en el centro, a fin de que puedan ser reconocidos a distancia, evitándose lamentables confusiones, y también como distintivo de que los Somatenistas se considerarán como fuerza armada a los efectos del número 4 del artículo 7.º del Código de Justicia Militar, cuando así lo consignen los bandos.»

En la actualidad la Comisión organizadora de este Instituto está compuesta como sigue:

Presidente, General de Brigada, Excmo. Sr. D. Maximiliano Soler Losada.

Vocales.—Para la provincia de Barcelona los Sres. Excelentísimo Sr. D. Francisco Javier de Franch y Castells, Excelentísimo Sr. Conde de Lavern, Sr. Barón de Güell, Excmo. Señor D. Leoncio Soler y March, Excmo. Sr. D. Alfonso Sala Artemi.—Para la provincia de Gerona los Excmos. Sres. Marqués de Comillas, Marqués de Camps y Conde del Valle de Marlés.—Para la provincia de Lérida los Sres. D. Francisco Xammar Aldomá, D. Francisco Corderó Urgell, D. Joaquín Sostres Azcón, D. Antonio Capel Boneu y D. José Llangort Planas.—Para la provincia de Tarragona los Excmos. Señores Marqués de Marianao, D. José Ballcells Cortada y Don Francisco Pòls Grau.

CRUZ ROJA ESPAÑOLA

Hermoso proyecto de las damas barcelonesas

No pretendemos ahora dedicarnos a señalar cuál es la misión de la Cruz Roja Española, porque en la memoria de todos están sus servicios prestados en cuantos momentos fueron requeridos.

Pujante en todas las regiones españolas, tenía que estarlo más en Cataluña y en Barcelona, especialmente desde cierto tiempo ha, en que el ambiente, cargado del miasma revolucionario, produce a cada instante víctimas, a las que es necesario atender, sino en nombre de la hermandad ciudadana, en nombre de esa otra hermandad caritativa que hace seamos para nuestro prójimo lo que quiéramos que fuese para nosotros mismos.

En Barcelona, donde el aire autonomista (digámoslo sin ironía) ha acariciado ya todos los cerebros, la inteligencia claramente perceptible de las damas reclamó también para sí una independencia que para nadie podía ser motivo de recelo, puesto que ya S. M. la Reina Doña Victoria, que en efecto preside, atiende y dirige el movimiento femenino de la Cruz Roja, había prestado su aprobación a cuantos proyectos le presentaran las damas barcelonesas.

Porque es siempre otro, y más hondo, el sentimiento caritativo de la mujer española (llenas estén las páginas de nuestra historia patria de nombres que merecieron el título de *ángeles de la Caridad*) en circunstancias tan anormales como las presentes quisieron las Señoras catalanas mostrarse cuales eran, y han ido más allá de los límites del título honorífico; han estudiado cuanto para el desempeño de su cometido se les podía exigir; han sufrido un examen, riguroso por la trascendencia misma de la misión, y bien pronto han de encontrarse a la cabecera de los enfermos en un hospital construido con la recaudación de sus fiestas, y en el cual tendrán acogida a todos los obreros que sufran accidentes en el trabajo. Comprados los terrenos, trazados y aprobados los planos, sólo falta que la normalidad vuelva y, piedra sobre piedra, se levante el benéfico establecimiento, primero en España de tal índole, en donde las aristócratas de la sangre y del dinero atenderán solícitas a los humildes hijos del trabajo.

No queremos cerrar estas líneas informativas sin refrescar la Memoria de los veteranos somatenes con el recuerdo de la grandiosa fiesta celebrada en Monserrat el 10 de Abril de 1904, durante la cual se proclamó a la Virgen Santísima Patrona de los Somatenes armados de Cataluña y se colocó la primera piedra del monumento erigido a los héroes del Bruch. A esta fiesta acudió S. M. el Rey D. Alfonso XIII, acompañado del entonces Presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura. Se celebró una misa de campaña y después un banquete de gala, sentándose a la mesa con el Monarca, además de las personas de su séquito, el Arzobispo de Tarragona y los demás ilustres prelados de las Diócesis catalanas. Antes de terminarse el banquete, el Rey mostró deseos de conversar con los cabos de somatén, y lo hizo con gran detenimiento. Después el Sr. Maura leyó una Real orden que acababa de firmar el Monarca y que decía así:

«Art. 1.º Para conmemorar el solemne acto del día de hoy y la proclamación de Nuestra Señora de Monserrat como Patrona de los Somatenes de Cataluña se crea una medalla de bronce, según modelo aprobado, con el pasador dorado y cinta de los colores nacionales.»

«Art. 2.º Esta medalla se concederá a los individuos de los Somatenes asistentes al acto referido y a los demás individuos que no hayan asistido y lo soliciten.»

El Rey había tenido la previsión de hacer fundir estas medallas, de las que llevaba muchísimos millares, que impuso en el acto distribuyéndolas entre los asistentes al banquete. Los Obispos se las prendieron en la muceta.

Luego le fué presentado al Rey el decano de los Somatenes, que contaba ochenta y ocho años, y que con su barretina encarnada, su manta al hombro, su carabina en bandolera avanzó hasta presentarse ante el Soberano con paso firme. Se llamaba Ramón Graell y pertenecía al Somatén de Castellfollit.

El Rey estrechó la mano del veterano, dedicándole frases cariñosas. Luego el Monarca revistió a los Somatenes, siendo durante el acto aclamadísimo. A esta fiesta acudieron más de 30.000 individuos del Somatén armado de Cataluña.

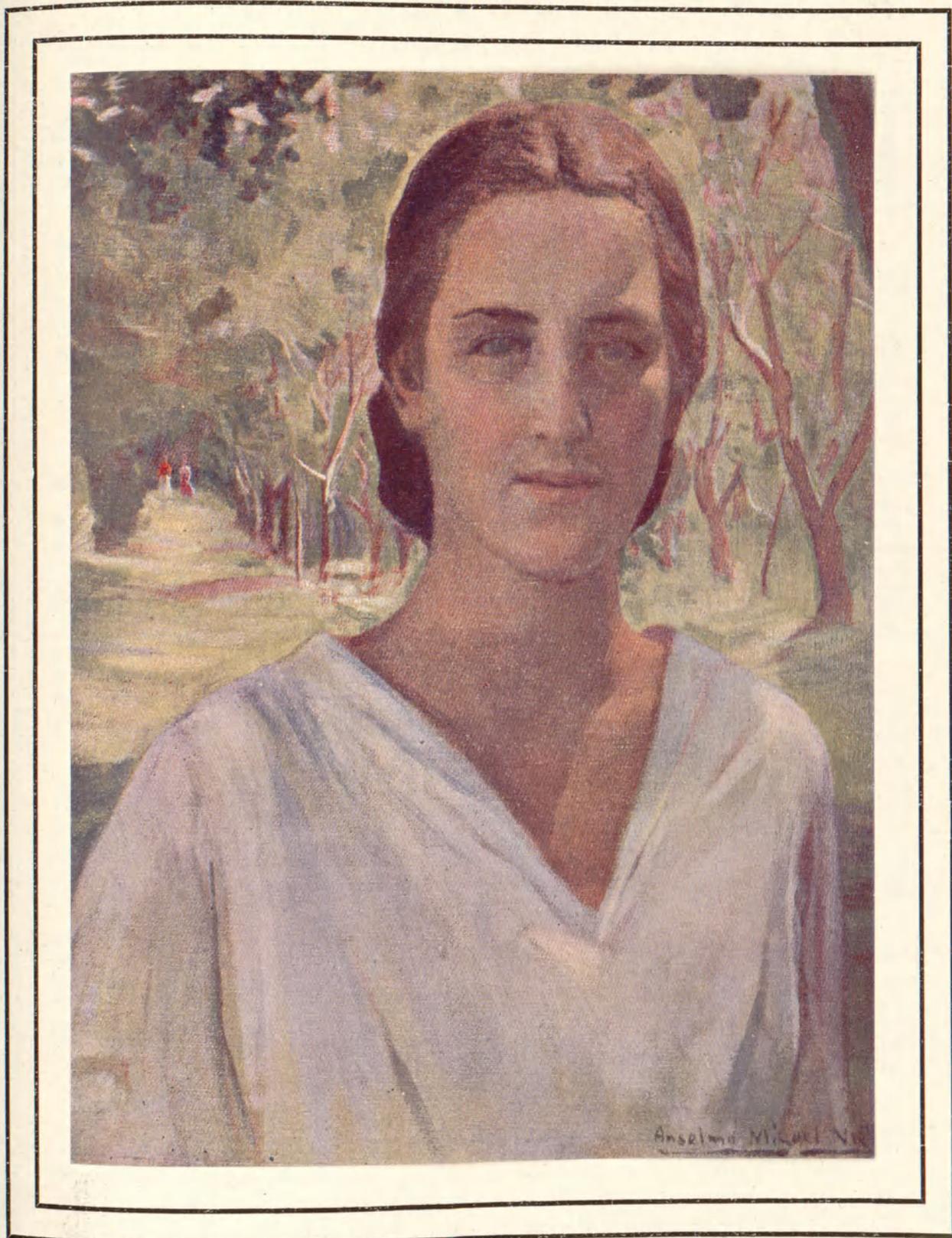
Mas no paran aquí, con ser ya vastos, los proyectos de las damas de la Cruz Roja de Barcelona. Existe, además, y está muy próximo a la realidad, el de abrir un curso de enfermeras auxiliares retribuidas que, mediante los estudios convenientes, puedan dedicarse a la asistencia de enfermos y heridos bajo la dirección de la Junta de Damas. Este cuerpo de enfermeras retribuidas asistirá con preferencia a los Hospitales de sangre en caso de guerra o de calamidad pública, secundando la labor que las damas pertenecientes a la Junta desarrollen.

Dirigirá la Escuela de enfermeras el eminente doctor Don Andrés Martínez Vargas, decano de la Facultad de Medicina, y constituyen la Comisión organizadora de los servicios Doña Julia de Montaner y Company, como presidenta de la Junta directiva; Doña Luisa de Llorach de Mercader, como directora; Doña Francisca Frigard de Eizaguirre, como tesorera, y Doña Rosa de Berenguer, viuda de Miurana, como secretaria general.

Recientemente se han verificado, según apuntamos en otro lugar, unos exámenes en los cuales obtuvieron el título de Enfermeras de la Cruz Roja las Señoras Doña Rosa de Berenguer, viuda de Miurana; Doña Mercedes Morató de Peñasco, Doña Aurora Massó de Casas, Doña Beatriz Rocamora de Huelin, Doña Luisa de Llorach de Mercader, Doña Pilar Pamo de Hurbise, Doña Matilde Sánchez Carbonell, Doña Isabel Salom de Esteve, Doña Rosa Paig, viuda de Valles y Ribot; Doña Jerónima Cunill de Uriach, Doña Catalina Espuñes, viuda de Cde ardona; Doña Remedios Saúch de Moltó, Doña Asunción Castell de Colf, Doña Hortensia Arribas de Canals, Marquesa de Villanueva y Geltrú, Condesa de San Llorens del Munt, Doña Paquita Frigard de Izaguirre, Doña Amalia Soler, viuda de Vernis, Doña Josefa Pons de Jomora.

Y las Señoritas Manolita Ricart, Mercedes Carrau, Esperanza Alonso Cuevilla, Dolores Martí Feded, Antonieta Torrents, Mercedes Romeu, María Cañellas, Monserrat Ripoll, Gloria Castañer, Mercedes de Cuadras, Lolita Frigard, Monserrat de Cuadras, María Canals, Ofelia Roca, Faustina Roca, Cristina Pábregas.

(Fots. Badosa)



ARTISTAS ESPAÑOLES
ANSELMO MIGUEL NIETO

udio para un retrato

EL IDEAL DE LA EDUCACION FEMENINA



LA EDUCACION HA DE SER UNA ACTIVIDAD CONSCIENTE, NECESITA, ante todo, proponerse con claridad su *ideal*. Quien no sabe a *donde va*, y cómo dirigirá conscientemente sus pasos? Por casualidad, bien podrá ser que llegue a alguna parte; pero conscientemente no es posible que tienda allá. Ese blanco, ese término a donde la educación pretende llegar, es algo perfecto; es el *ideal* que se propone a la perfectibilidad del educando.

Sobre el ideal de la educación en general, y acerca de sus elementos permanentes y variables, escribimos ya cuanto se nos ofrece, en nuestro libro de la *Educación moral*.

Pero la Educación femenina ha de tener también su *ideal específico*, y de ese vamos a tratar ahora.

A nuestro juicio, el *ideal* propio de la educación femenina es llegar a la *igualdad espiritual* de la mujer con el varón. Según esto, la educación femenina ha de proponerse esta finalidad: hacer que la mujer llegue a valer tanto como el varón, *espiritualmente*. Acerca de otras *valencias* no pretendemos tratar ahora, sino dejámoslas a los sociólogos o a los psicólogos.

Y adviértase que decimos *espiritual* y no *intelectualmente*; pues estamos persuadidos de que las inteligencias masculina y femenina (no *afeminada*), pudiendo alcanzar un mismo *valor*, son, no obstante, y conviene que sean, específicamente diferentes.

Tampoco queremos decir que hay que procurar que el *espíritu* femenino valga lo mismo que el varonil. Esta igualdad la da espontáneamente la Natureleza o Dios, su Autor; pues según enseña nuestra Filosofía espiritualista, las diferencias entre el varón y la mujer son meramente *orgánicas*; por más que de ellas resulten diferencias *psíquicas* que dan un carácter totalmente distinto a la vida, como enderezada en el estado presente a diversas funciones esenciales.

El *alma* espiritual de la mujer en nada se diferencia del alma del varón; y en realidad, la educación no se propone el vano intento de modificar las almas, que son por su naturaleza sencísimas e inalterables.

Lo único que la educación se propone, si es juiciosa, es proveer las facultades anímicas de varios hábitos que las habilitan para ciertas funciones u operaciones; y en este terreno es donhay que ponerse delante de los ojos la *igualdad espiritual* entre los sexos; la cual estriba en que el varón y la mujer están destinados a un mismo *fin último* en una existencia ultraterrena, donde conforme a la hermosa y significativa frase de Jesucristo, nuestro Señor, «No se casarán ni tomarán en matrimonio, sino serán como los ángeles de Dios».

Las profundas diferencias que diversifican a la mujer del varón, nacen de su natural destino a la maternidad. Todo el organismo femenino está orientado hacia ese fin, y su misma vida psíquica se desenvuelve mirando hacia ella, y la vida social de la mujer no puede desentenderse de esa natural inclinación o destino.

Pero esa finalidad natural no ha de borrar otra finalidad transcendental común a los dos sexos; a la cual se ordena a superior actividad *espiritual* de ambos, y de donde nace esa *igualdad espiritual* entre ellos, que proponemos como ideal de la femenina educación.

El organismo de la mujer está dispuesto para *servir* a la utilidad de otros; es, a saber: de sus hijos. Su pelvis se ensancha para preparar el asiento donde ha de nutrir los frutos de sus entrañas; y su pecho no se ordena a su utilidad propia, sino para ser fuente de vida para sus hijuelos.

No nos detendremos en más indicaciones anatómicas. Quien considere atentamente el organismo femenino, advertirá con religioso asombro que todo él está ordenado a la maternidad. Físicamente, la mujer está organizada para servir; pero espiritualmente su corazón reclama derechos iguales a los de su marido, así al amor de éste como al de sus hijos.

Digámoslo de paso: si Cristo no hubiera venido para redimir a la mujer, su servidumbre

física se hubiera trocado irremisiblemente en servidumbre social, dominando la carne al espíritu definitivamente, como dominó en las sociedades destituidas de la luz del Cristianismo.

Este, por el contrario, acentuó desde luego la igualdad espiritual entre los sexos, por más que no borrara la dependencia natural de la mujer, exigida por la constitución moral de la familia.

* * *

Los modernos feministas estarán lejos de sospechar en un autor cristiano de fines del siglo II de nuestra Era, un párrafo como el que sigue:

«Meditemos que es una misma la virtud del varón y de la mujer; pues uno es el Dios de ambos y uno su Pedagogo (Cristo); una, la Iglesia; una, la prudencia; una, la castidad; común el alimento; *conyugal*, el matrimonio; semejantes la respiración, la vista, el oído, el conocimiento, la esperanza, la obediencia, la caridad y todas las cosas. Aquellos, pues, para quienes es común la vida, y la gracia, y la salud, han de tener también común la caridad y educación (agogé).»

Quien así habla es Clemente Alejandrino, el sucesor de San Panteno en la Escuela de Alejandría, primera donde se cultivó científicamente la doctrina católica, y a la que fueron admitidos comúnmente los varones y las mujeres.

Notemos brevemente algunos de los argumentos en que funda Clemente su aserto: que la educación debe ser igual (no dice simultánea) para uno y otro sexo.

1.º Que la virtud de uno y otro es una misma. Mas a la virtud conduce, o debe conducir, la educación y el conocimiento. Luego, por lo menos en lo que toca al conocimiento de las cosas morales y educación moral, debe ser una misma la enseñanza masculina y femenina.

2.º Porque los dos sexos tienen un mismo Dios y un mismo Pedagogo, Cristo, por lo cual ha de ser una misma su educación religiosa. Contra lo que absurdamente pretendió el autor del *Emilio*, condenando a la mujer a la dependencia religiosa del varón, ora padre, ora marido.

3.º Porque tienen unos mismos sentidos y potencias: un mismo conocimiento (gnosis, que significa particularmente el conocimiento científico), una misma esperanza, obediencia y caridad.

4.º Porque el matrimonio cristiano es *Syzygios, conyugal*; esto es: impone un yugo común. Esta razón nos parece de mucha medula y digna de explicarse un poco.

En el mundo pagano y musulmán (y en el mundo neopagano a que caminamos, si Dios no lo remedia), el matrimonio es yugo para la mujer, pero no para el varón; el cual puede tomar muchas mujeres (ya simultánea, ya sucesivamente), o puede, por el divorcio, repudiar una para tomar otra. Mas en el matrimonio cristiano no es así. El varón queda por él *subyugado* no menos que la mujer. La vida de ambos ha de ser común perpetuamente. Y esto, bien se ve que requiere más igualdad entre ambos consortes, y por ende, más semejante educación.

En esta razón hemos insistido muy de propósito en un libro destinado a los jóvenes, al tratar de la elección de consorte (1). Pero más hay que insistir cuando se trata de la educación femenina.

La comunidad de la vida conyugal cristiana requiere una semejanza en la vida espiritual de los cónyuges, que no requería aquel matrimonio imperfecto de los paganos ni la poligamia de los musulmanes.

5.º Esta es la quinta razón que aduce Clemente: que si el amor ha de ser común, también lo ha de ser la educación.

¿Qué quiere decir amor común? Que el marido ame a la mujer como la mujer ama al marido. No con el amor de concupiscencia con que se ama el objeto de utilidad o deleite; sino con el amor de amistad que media entre iguales y requiere, por ende, cierta igualdad; aunque no excluye la subordinación que exige la unidad de la familia, como de toda sociedad bien constituida.

* * *

¡Cuánto se retrogradó desde Clemente hasta aquellos educadores de la mujer a quienes, en el siglo XVI, tuvo que combatir nuestro Luis Vives!

El mismo Fenelón, que respecto de su época parece un progresivo, si se le coteja con Clemente Alejandrino, con Orígenes o S. Jerónimo, es un verdadero *retrógrado*. No porque Clemente Alejandrino, con Orígenes o S. Jerónimo, es un verdadero *retrógrado*. No porque él, realmente, retrogradara, sino porque se encontró en un ambiente pedagógico incomparablemente más retrasado que el que habían creado los primeros cristianos: los que poseían las primicias del espíritu de Jesucristo!

RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.

(1) *Antes que te cases...*



DOS SONETOS

INEDITOS

DE DON MARCELINO MENEDEZ PELAYO

Soneto cuarto. A' Y. M.

*Interca, dum fata sinunt, jungamus amores (Fibull.)
Cual melé por las puertas del Oriente,
Al rojo despuntar de la mañana,
Desplegando su manto de oro y grana,
Mostrar la Aurora su risueña frente,
Y retratarse en límpida corriente,
Que murmurando entre las flores mana,
El rostro de la Ninfa soberana,
Guiando su carroza refulgente
Así brillaste tú, dulce Delisa,
Aute mi vista, oh Dios, un solo instante,
Y yo pensé encontrar, ángel de amores,
Tu voz en el suspiro de la brisa,
En la faz de la Aurora tu semblante,
Tu aliento en el perfume de las flores.*

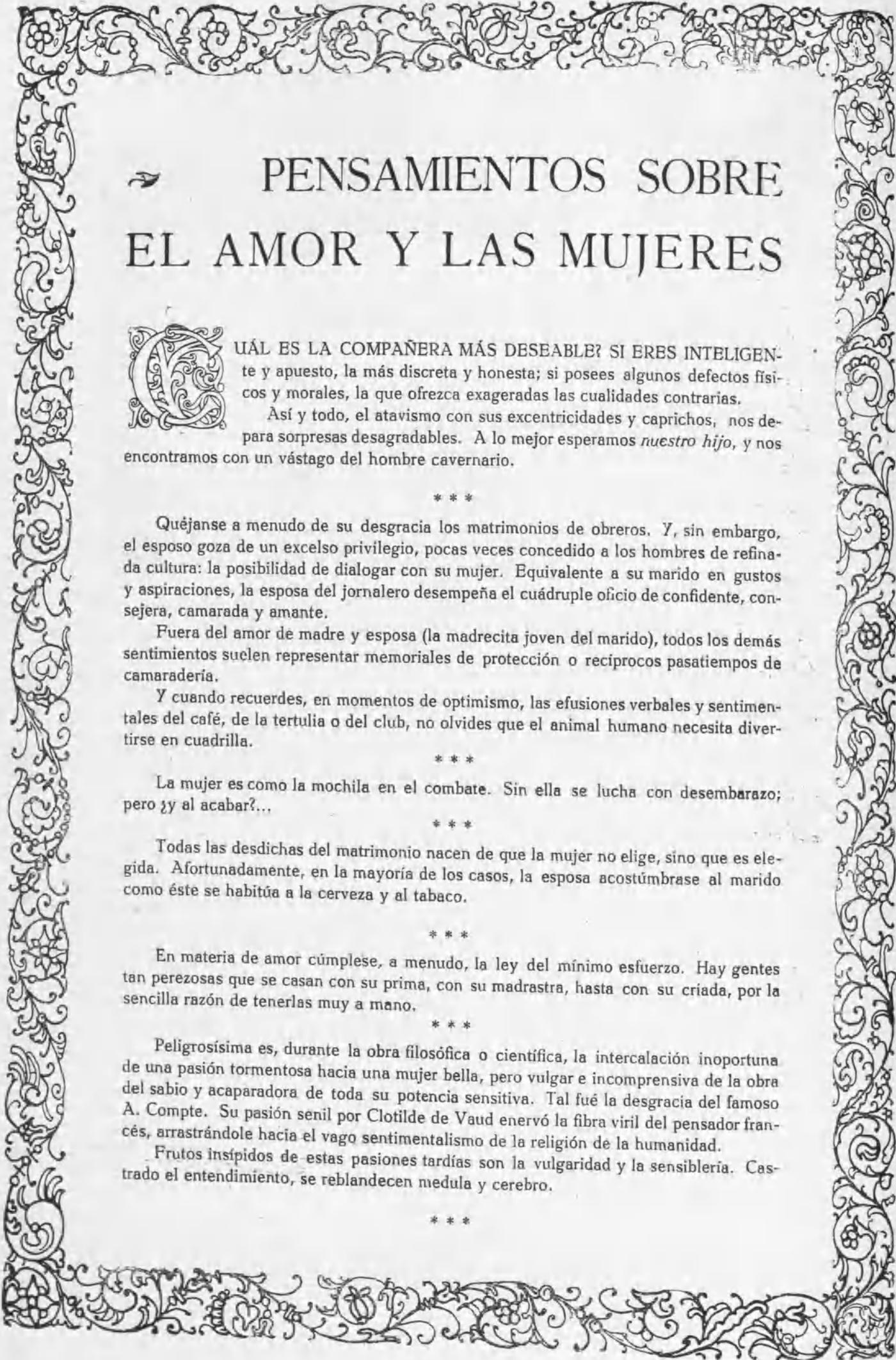
Santander, 22 de Agosto de 1874.

Fu modo sola placent; nec jam te praeter in urbe
Formosa est oculis alla puella meis. (Vid.)
Soneto quinto. A. G. M.

Insalze a Laura el amador toscano,
En dulce canto y citara sonora;
El que viva la amor, muerta la clora,
Condense en Beatriz saber cristiano.
Con noble voz y aliento sobrehumano,
Por cuanto baha el mar, y cintio dora,
Haga inmortal el nombre de Eliodora
El divino poeta sevillano.
Y respondan las Ninfas a su acento,
Con dulce halago y apacible visa,
Del Betis en la placida ribera;
Que al nombre celestial de mi Belisa,
Al olvido darian su tormento
Dante, Petrarca, y el divino Herrera.

Santander, 10 de Julio de 1874.

M. Menéndez y Gelayo



PENSAMIENTOS SOBRE EL AMOR Y LAS MUJERES

QUÁL ES LA COMPAÑERA MÁS DESEABLE? SI ERES INTELIGENTE y apuesto, la más discreta y honesta; si posees algunos defectos físicos y morales, la que ofrezca exageradas las cualidades contrarias.

Así y todo, el atavismo con sus excentricidades y caprichos, nos depara sorpresas desagradables. A lo mejor esperamos *nuestro hijo*, y nos encontramos con un vástago del hombre cavernario.

* * *

Quéjense a menudo de su desgracia los matrimonios de obreros. Y, sin embargo, el esposo goza de un excelso privilegio, pocas veces concedido a los hombres de refinada cultura: la posibilidad de dialogar con su mujer. Equivalente a su marido en gustos y aspiraciones, la esposa del jornalero desempeña el cuádruple oficio de confidente, consejera, camarada y amante.

Fuera del amor de madre y esposa (la madrecita joven del marido), todos los demás sentimientos suelen representar memoriales de protección o recíprocos pasatiempos de camaradería.

Y cuando recuerdes, en momentos de optimismo, las efusiones verbales y sentimentales del café, de la tertulia o del club, no olvides que el animal humano necesita divertirse en cuadrilla.

* * *

La mujer es como la mochila en el combate. Sin ella se lucha con desembarazo; pero ¿y al acabar?...

* * *

Todas las desdichas del matrimonio nacen de que la mujer no elige, sino que es elegida. Afortunadamente, en la mayoría de los casos, la esposa acostúmbrase al marido como éste se habitúa a la cerveza y al tabaco.

* * *

En materia de amor cúmplase, a menudo, la ley del mínimo esfuerzo. Hay gentes tan perezosas que se casan con su prima, con su madrastra, hasta con su criada, por la sencilla razón de tenerlas muy a mano.

* * *

Peligrosísima es, durante la obra filosófica o científica, la intercalación inoportuna de una pasión tormentosa hacia una mujer bella, pero vulgar e incomprensiva de la obra del sabio y acaparadora de toda su potencia sensitiva. Tal fué la desgracia del famoso A. Comte. Su pasión senil por Clotilde de Vaud enervó la fibra viril del pensador francés, arrastrándole hacia el vago sentimentalismo de la religión de la humanidad.

Frutos insípidos de estas pasiones tardías son la vulgaridad y la sensiblería. Castado el entendimiento, se reblandecen medula y cerebro.

* * *

A la manera del globo cautivo, el hombre culto e idealista se perdería en el azul, si la mujer, que representa el lastre y la cuerda, no tirara prudentemente hacia la tierra.

* * *

Tengo para mí que entre todos los placeres selectos y refinados, ninguno es comparable al de oír de unos labios rojos y juveniles, trémulos de emoción, la exposición y defensa de nuestras concepciones y pensamientos.

* * *

Conocidísima es la poco galante salida de Schopenhauer: «La mujer es un animal de pelo largo y de entendimiento corto»; definición humorística que, entre otras excelencias, tiene la inestimable de aplicarse maravillosamente a la mayoría de los jóvenes. Para merecerla, no hay sino modificar un poco la *toilette*: gastar melena.

* * *

La reina de las hormigas da a la esposa ejemplo insuperable de recato y de modestia. Bella, esbelta y alada durante el efímero vuelo nupcial, arráncase las alas y reclúyese de por vida en el hogar para consagrarse, asistida de abnegadas obreras, al cuidado y multiplicación de la prole. El tan decantado feminismo no existe en la serie animal.

Reconozcamos con gusto, en honra del bello sexo, que la inmensa mayoría de las mujeres, guiadas por infalibles impulsos, siguen el ejemplo de los himenópteros. Algunas, muy al contrario, en vez de arrancarse las alas, afánanse por alargarlas y pulirlas; diríase que se preparan, con olvido del esposo y de los hijos, a emprender nuevos vuelos nupciales.

* * *

Si en la mujer la sensualidad fuera tan viva como en el hombre, la raza humana habría degenerado rápidamente. La naturaleza ha hecho casta a la esposa para hacerla fuerte y sana. Gracias a esta virtud, pocas veces desmentida, el protoplasma humano consérvase vigoroso, y puede corregir, con cierta medida, las consecuencias de los excesos y vicios del varón.

* * *

Entre la señorita inteligente y la hermosa, pero vulgar, la vacilación no es posible. Aparte la belleza, importa notar que el más preciado tesoro de la mujer de mérito consiste en la pléyade de hombres superiores, o simplemente de varones enérgicos y talentados, que encierra en estado potencial.

Esto justifica la preferencia de los discretos por la heredera de casta, en cuya estirpe brillaron ingenios preclaros o nobles caracteres.

* * *

Huye de las jóvenes frívolas y pretenciosas que sueñan con trenes fastuosos, trajes deslumbradores y joyas rutilantes. De cien veces, las ochenta son cortesanas en estado de canuto.

Reserva, en cambio, tus homenajes para las doncellas modestas e inteligentes que adoran a los niños y se entregan alegres al trabajo del hogar y a las inexcusables exigencias de la higiene casera. Y ten por seguro que las muchachas cuyo orgullo se cifra en tener la casa como una «tacita de plata» suelen tener también «un corazón de oro».

* * *

La bella dentadura en la mujer —el consabido collar de perlas de los poetas— es como una promesa de permanente jovialidad y de buena digestión.

A propósito de lo cual se me ocurre que si la primera dentición hace llorar, la tercera —es decir, la comprada —hace reír.

SANTIAGO RAMON Y CAJAL



HABLANDO CON «UNO»

UNO MUY AMANTE DEL BELLO SEXO, Y también del matrimonio; «uno» deseoso de admirar a las mujeres y de hallar mujer; «uno», en fin, que vale por dos, me decía días pasados, sin acedumbre ni gruñonería, pero contrariadísimo:

—¿Vamos a hablar un poquito de las modas femeninas?

—Vamos.

—Me desilusionan las tales modas. Yo tenía, yo quiero tener, otra idea del acierto de ustedes. Veo a las mujeres pasear, moverse, y encuentro que van prescindiendo cada vez más de las líneas... Amarga paradoja: a fuerza de quererlas acusar, las olvidan. Me apesadumbra verlas a ustedes con tan equivocado indumento —propicio al equívoco—, encerradas en una red de inexorables paralelas, como pájaros en jaula.

Si la vertical se eleva y la horizontal se extiende, ¿porqué han de adoptar aquella las mujeres altas y delgadas, y preferir ésta las gruesas y bajas?

He acariciado bastante la certeza de que ustedes, en cuestión de adornos, son artistas por excelencia, instruidas de cuanto puede contribuir y realzar bellezas, o disimular, cuando no borrar, defectos. He vivido a gusto pensando que las mujeres empleaban siempre «la vista-sentimiento»; pero ya me inclino a creer que hoy padecen de ceguera, o, al menos, que tienen ojos y no quieren ver. ¡Qué trajes rayados a lo largo eligen las seño-

ritas «largas»; qué *toilettes* con zócalo y vieses rodeando la falda prefieren damas y damitas «anchas»!

Yo, muy callada, no atinaba con una ni con media respuesta siquiera. Cuando me disponía a darla, para decir cualquier tontería, probablemente, él prosiguió, muy satisfecho —presuntuoso de la suculencia de sus sabrosos argumentos, pero bastante más contrariado que cuando empezó a hablar:

—Ese culto a las líneas equivocadamente acusadoras, es un peligro...

—Grave— me apresuré a interrumpir, procurando ponerme más grave aún que el peligro mismo; pero en rigor de verdad, bastante atacada de risa al ver la chistosa seriedad de mi amigo, que muy atento, me autorizó a que publicara en VOLUNTAD todas sus palabras.

Apartándose algo de la conversación que entabló de las modas que censuró, de las líneas que en estas imperan y de la línea del matrimonio, exclamó:

¡Y tan grave peligro! Como que se trata de la línea de conducta que resulta, en las mujeres que ciegamente obedecen las actuales usanzas, algo torcida; y de la línea que nosotros los hombres debemos adoptar, que debe ser muy recta.

Quise, por último, y por decir algo, protestar; pero él entonces, con mucha cortesía, me recordó otra línea: la tangente...



LA CUMBRE MÍSTICA

LOS NUEVOS AGNÓSTICOS » ECUACIONES DEL «ÁLGEBRA MODERNISTA» » LAS MODAS
» DEL «PORQUÉ» Y EL «CÓMO» » FÍSICA TRÁGICA » LA GALLINITA CIEGA »



LA VERDAD NO ES ME- nos inestable que el hom- bre pues evoluciona en él, con él y para él: he aquí una de las sentencias que por boca del abate Loisy propuso el modernismo religioso. Viene a ser, cabalmente, el mismo pen- samiento que se deduce

de la pragmática de James: el hombre es la medida de la verdad. Otro modernista insigne, Eduardo Le Roy, dice de esta suerte: El cristianismo no es un sistema filosófico sino una ley de conciencia, una regla de acción, una pedagogía religiosa, un arte de vivir, ajeno a toda virtud intelectual. Los dogmas de la fe, añade Loisy, lejos de ser inmutables, obedecen a las mismas transformaciones biológicas de las semillas y de las células, al movimiento, a la ley universal de la adaptación. Aunque pretendamos concederles un sentido absoluto no le tienen sino muy relativo y humano, como formas temporales y desarrollos históricos de las

necesidades religiosas inmanentes a nuestro ser moral.

Absortos los modernistas en la *Crítica de la Razón pura* y harto pagados de las teorías de Darwin y Lamarck, presumen descubrir la Evolución de los dogmas y, mejor aún, hacer la *Crítica de la pura Revelación*. La revelación, según ellos, en vez de ser objetiva, lejos de ser la verdad manifestada por Dios a los hombres, se reduce a una impresión subjetiva, a una experiencia personal, cuyos datos íntimos, cuyas noticias provisionales se aceptan como instrumentos pedagógicos, se proponen y reciben como dogmas de fe. Pero estas fórmulas dogmáticas son esencialmente simbólicas; en cierto modo nos traducen lo inefable, más nunca lo representan como es en sí; lo expresan en un sentido actual y transitorio por medio de conceptos intelectuales sujetos a las vicisitudes y fracasos de la razón, o más bien como emblemas de índole moral, como normas de educación y de conducta, como signo de un álgebra espiritual, cuyas raíces no hay que buscar en Dios ni menos en la Iglesia de Cristo, sino en el fondo oscuro y vacilante de la subconciencia.

Así para el «álgebra modernista» las ecuaciones son todas irresolubles y las raíces imaginarias: la revelación se desvirtúa, el dogma se pervierte, la creencia se disipa como el humo; la fe se reduce a un vago presentimiento de lo sobrenatural, a una emoción religiosa manifestada apenas en símbolos e imágenes que varían indefinidamente, no sólo de forma sino de substancia, a compás de los siglos y de los hombres.

El Modernismo, en suma, viene a ser una especie de pragmatismo dogmático, donde confluyen, como en el pragmatismo filosófico, todos los errores y los desmayos de la época: el escepticismo trascendental, la evolución materialista, la crisis de la fe, las decepciones de la inteligencia, el descrédito de la lógica, las avidedades de la práctica, el fetichismo de la utilidad y de la acción.

No cabe dudar que en esta secta profesaron algunos hombres ingenuos, de cavilosa virtud, hartos razonadores o apasionadamente sentimentales, imbuídos en las lucubraciones de Darwin o en las exégesis de Renán, inficionados por las disputas filosóficas, por los conflictos aparentes de la voluntad y la razón, de la ciencia y la fe. Muchos de estos modernos heresiarcas lo son precisamente por un celo torpe y oficioso, por un insensato afán de conciliación y hasta por miedo de la propia herejía. ¡Cuántos por evitarla caen de bruces en ella! ¡Cuántos por salvar los dogmas embisten a la razón, que es la piedra angular de toda filosofía trascendente! Así Le Roy, medroso de los errores intelectuales en materia de revelación, causas comunes a cuantas disidencias turbaron la paz de los fieles, vino a decidir, para que no haya más herejías en el mundo, que el dogma carece de contenido mental. Cada proposición del Credo, a juicio del pensador oportunista, debiera, pues, traducirse en expresiones prácticas. Merced a este burdo practicismo quiere ante todo, como James, soluciones concretas, móviles de actividad, lo mismo en religión que en filosofía; extrañar una y otra del entendimiento puro, de sus símbolos y abstracciones, de sus teorías convencionales, útiles cuando más para el estudio y aplicación de los fenómenos; descubrir el objeto en el sujeto íntimo y el criterio de verdad no en la lógica sino en la experiencia.

En los dos siglos pasados estuvo «de moda» el intelectualismo; hasta los naturalistas eran ideólogos; todo el mundo se perecía por teorizar y abstraer; los filósofos se quebraban de puro sutiles y arcanos; las gentes menos soñadoras se desvanecían en el éter, se embriagaban en el azul, siempre con la obsesión de lo ideal, de lo infinito y lo sublime; nadie quería vivir sin escudriñar el sentido esotérico de la vida, sin des-

cubrir el porqué de todas las cosas. Hoy, en cambio, lo que se busca febrilmente no es el *porqué* sino el *cómo*: cómo se ha de vivir, cómo se ha de triunfar, qué debemos hacer para *servir*, para ser útiles, para ser ricos y dichosos. Como el personaje de Dickens, no queremos teorías ni abstracciones sino «hechos y nada más que hechos», cosas prácticas y eficaces; no queremos etiologías sino experimentos y recetas: recetas para la vida, para la religión, para el arte, para la felicidad. De qué la boga de todos los empirismos, la muchedumbre de esos manuales y formularios con toda suerte de panaceas para la salud del cuerpo y del alma, como si los hechos tuvieran algún sentido sin la correlación de las ideas abstractas, como si la experiencia no destruyese a la experiencia cuando le falta el apoyo de las verdades puras.

¿Qué religión, qué metafísica puede haber sin un conjunto de proposiciones de carácter especulativo? ¿Cómo sin una serie de teorías lógicas podrán sustentarse el orden moral, el orden práctico? ¿Puede un hombre de seso, un hombre culto profesar filosofía alguna o dogma religioso que no estén defendidos por la ciencia ni justificados ante la razón? Todo aquel que reniege de la inteligencia en las más altas operaciones de su espíritu y huya de sus nobles moradas, palacios reales del conocimiento y la fe, para hundirse en las cavernas de sus capacidades inferiores, ¿qué puede hallar sino tinieblas y zozobras, incertidumbre y lobreguez? Todo en el mundo moral, a semejanza de la materia, resbalará sin descanso, como las ondas de los ríos «que van a dar en el mar, que es el morir»; todo a los ojos de su alma, como a los ojos tristes de Heráclito, será inestable y pasajero, una mudanza sin fin, una fuga universal y desgarradora, un dinamismo vertiginoso, un torbellino de fuerzas ininteligibles que en vano apetecen la quietud; una física trágica, sedienta de metafísica, de algo inmutable y absoluto que calme a la vez el ansia y el tedio de su terrible y perpétua fugacidad...

Pero aún le faltaba a la pobre Razón, la soberana diosa de otros días, recibir la última afrenta para rodar por los suelos en baja y cobarde servidumbre. Desposeída, por los nuevos agnósticos, de su más alta ejecutoria: la pura especulación; negada por pragmáticos y modernistas como natural asiento de la fe, Bergson le da el golpe de gracia, la empuja y hunde en el barro de las cosas inertes, de la materia bruta.

Porque la inteligencia, según el filósofo a la moda se caracteriza por una fatal incomprensión de la vida, del movimiento, de la continuidad; la «evolución crea:



CUNA ABANDONADA



UN TIBIO Y PLATEADO RAYO DE LUNA
 bañaba dulcemente la blanca cuna
 donde carne de rosa se hizo amor;
 en la débil penumbra, vaga y sombría,
 la solitaria alcoba se estremecía
 al ritmo crepitante de un estertor

De repente, algo extraño pasó en la estancia...
 Oyóse un aleteo; viva fragancia

embalsamó el ambiente como un edén;
y un ángel sonrosado, de alas de armiño,
surgió junto a la cuna, dió un beso al niño,
y alzándole en sus brazos, le dijo: «Ven»...

«Dios se ha compadecido de tu inocencia
y te libra del yugo de la existencia;
vuelve con tus hermanos; venia te da;
vuelve a escalar la altura que tanto amabas...
¡Aquel lucero hermoso que tú cuidabas,
desde que nos dejaste no luce ya!

»Lograr no puede el alma más santo anhelo:
vivir y no mancharse, volver al Cielo,
pura cual si no hubiera salido de él...
Antes de que la sufras, te alza la pena:
te indultan de la Vida, de tu condena;
te libras de ser hombre, de ser infiel...»

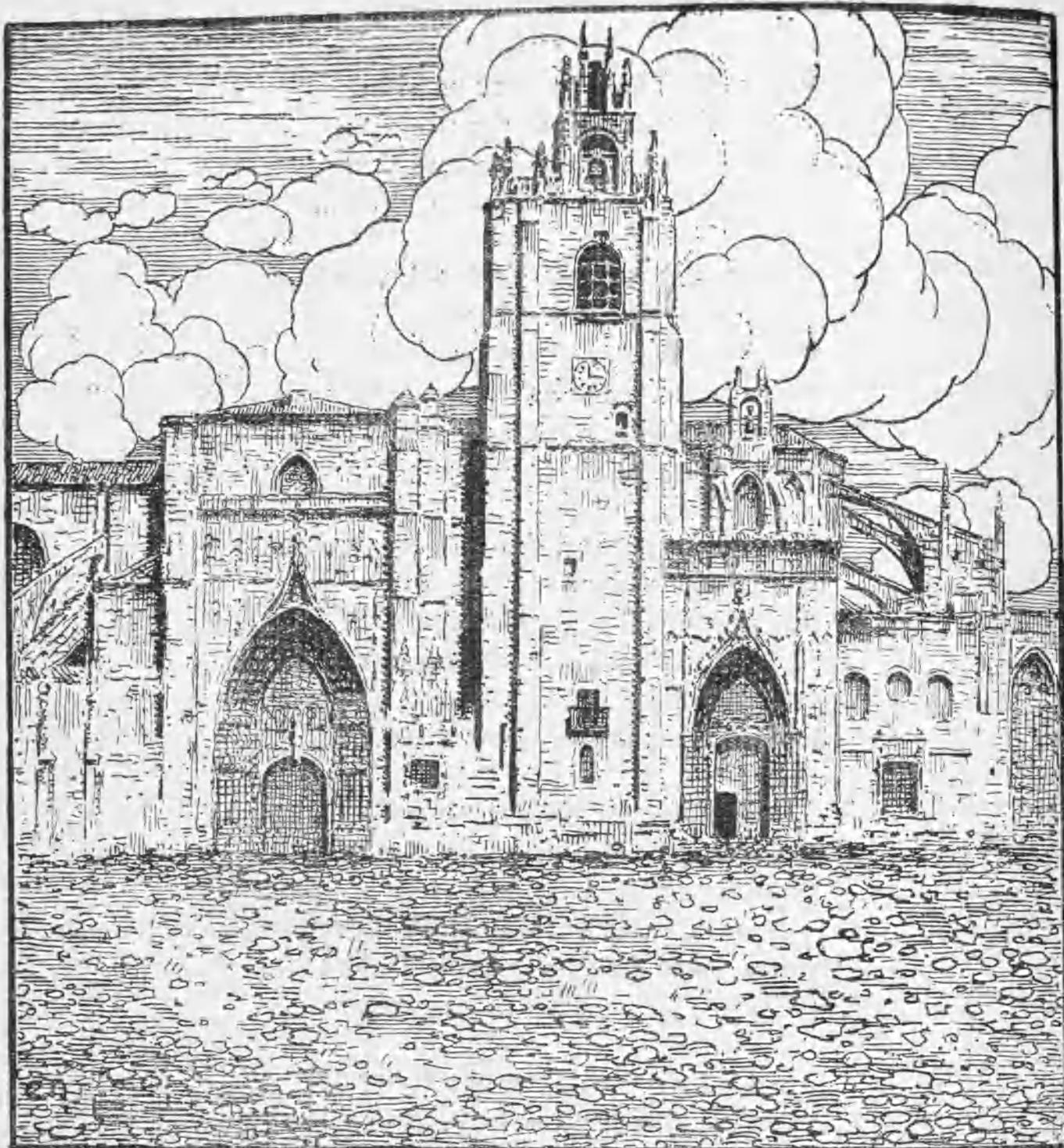
Abrió el niño los tristes ojos oscuros
—ojos de niño enfermo, grandes y puros—
y mirando a su hermano, le dijo así:
—Ya sé que en las alturas la paz se encierra,
mas no quiero tan pronto dejar la Tierra...
¡No quiero que mi madre lllore por mí!

—¿Renuncias de los buenos a la victoria?
—Ver feliz a mi madre será mi gloria:
pendiente de mi vida la suya está.
—Pero ¿y si Dios se enoja cuando le diga...?
—Este no es un pecado que Dios castiga:
Él también tuvo madre... ¡Me absolverá!

.
.

A la noche siguiente, la clara luna
encontró arrodillada junto a la cuna
a la madre, rendida bajo su cruz...
¡Al entrar en la alcoba, triste y vacía,
aquel pálido rayo... le parecía
que le llevaba un beso fundido en luz!

L. M. CAVESTANY



Palencia: La Catedral

VIAJE PALEOGRÁFICO

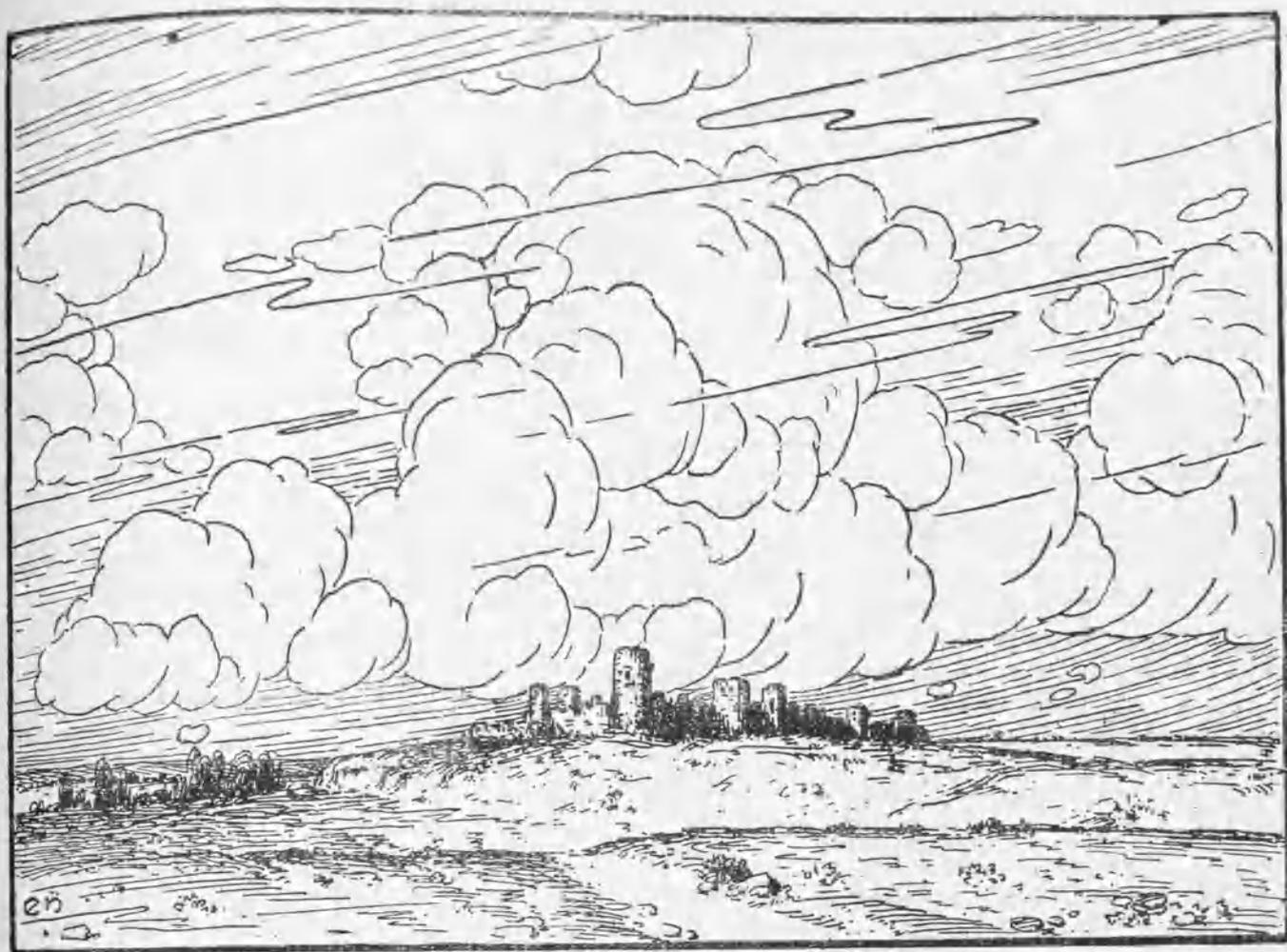
PALENCIA - SAN ANTOLIN - AMPUDIA - DOÑA VIOLANTE - LOS COMUNEROS



CUENTAN LAS CRÓNICAS que cierto día Sancho el Mayor de Navarra cazaba por los recién adquiridos territorios de Castilla. Corría el monte en pos de un jabalí, y atravesando bosques llegó a una cueva donde acosado el animal se disponía a defenderse; el cazador blandió el venablo, pero de súbito, perdida la fuerza de su brazo, el arma no fué disparada, porque según dice el cronista *se le torció el brazo*

diestro de guisa que no pudo faener. Cayó de hitos el monarca y reconoció hallarse en lugar sagrado; era aquella la tumba del mártir San Antolín y en derredor surgían entre los campos yermos las imponentes ruinas de *Pallantia*, la gloriosa ciudad aliada de los numantinos. Destruída cuando la invasión agarena, guardaba el recuerdo del prelado Conancio; en sus ámbitos resonó la elocuente y santa palabra de Toribio de Astorga. El navarro Sancho creyó en celestial mandato y ordenó la repoblación de aquella ciudad de tan limpio abolengo.

La venerable cueva fué el centro de un culto; en el mismo sitio se comenzó a construir la Catedral. Se



Ampudia

erigió el templo y la población creció hasta convertirse en una de las ciudades más importantes de Castilla. Un día, hacia el año 1110, Pedro, el primer obispo de Osma, veía en la capilla subterránea dedicada a San Antolín, cuando de repente hubo de extinguirse una lámpara que iluminaba el santuario; el prelado rogó con fervor volviera a encenderse por sí misma, si eran auténticas las reliquias allí veneradas, y el prodigio se realizó confirmando la piadosa tradición. Detrás del coro, una misteriosa escalera de piedra conduce hoy a la cripta donde yacen los restos del santo patrono de Palencia. Las modernas exploraciones han descubierto restos arquitectónicos de puro estilo visigodo; su mérito arqueológico es inapreciable.

Visitábamos por tercera vez la ciudad castellana encantados de sus bellezas y recordando el pasado. Palencia merece un libro, apenas pretendemos ahora bosquejar algunos de sus múltiples atractivos. Su Catedral, con la fiera majestad de sus enhiestos muros y de sus fuertes nervaduras, como músculos de un titán de piedra, presenta los caracteres del siglo XIV, centuria de hierro, de odios y contiendas; su fi-



sonomía arquitectónica se endulza con algunas construcciones del XV, de aspecto amable, cultas y cortesanas. Sólo se conservan lo vetusto y lo más moderno, pero su archivo custodiado por el inteligente canónigo D. Matías Vielva encierra una riquísima colección de antiquísimos pergaminos, los cuales demuestran la existencia de una fábrica de fecha remota, de la que tal vez existan restos ignorados.

Extiéndese la población a los dos lados de la anchurosa rúa mayor, arteria principal de la moderna Palencia, industrial y agrícola. Antaño, en su recinto creó el vencedor de las Navas la primera Universidad española, donde estudiara aquel Domingo de Guzmán, terror de los herejes albigenses y fundador de la orden de Predicadores, que había de erigir, años después, en la ciudad, el magnífico convento de San Pablo. También los hijos del mirífico santo de Asís tienen una espléndida morada, y allí se celebraron en la Edad Media ruidosas asambleas políticas. Palencia fué entonces corte de los reyes castellanos; en el palacio episcopal residió el niño Enrique I, víctima inocente a quien sorprendió la muerte cuando entretenía sus ocios en juegos infantiles. A la puerta de

la mansión real ocurrió cierto día un suceso trágico; Benavides el favorito, el amigo del Rey Fernando IV, era herido por puñales asesinos; la denuncia alcanzó a los hermanos Carvajales. La tragedia tuvo su final en Martos, donde fueron despeñados los Carvajales por orden del monarca, emplazado por los presuntos reos. Una heredad de los alrededores de Palencia, denominada la *Carvajala*, conserva la memoria de los ajusticiados de Martos.

* * *

A veinte kilómetros de la ciudad palentina, está Ampudia: a ella nos dirigimos en busca del archivo de la célebre abadía de Husillos. Atravesamos la tierra de Campos, a pleno sol, contemplando la inmensa llanura que semejava un mar grisáceo; allá en lontananza, se descubrían como salvadoras orillas pequeñas eminencias coronadas por castillos, amparo y consuelo del viajero. Es la clásica tierra de las depredaciones musulmanas; son los mismos campos góticos recorridos a sangre y fuego por Alfonso el Magno en los albores de la Reconquista; aún parecen percibirse las sangrientas heridas de la espada conquistadora, los campos yermos, la naturaleza esquilada y agreste. Pero es sólo apariencia. Aquel suelo de aspecto ingrato guarda la benéfica semilla que ha de producir el pan; Castilla sigue siendo el pródigo granero de España. Casi a la mitad de la ruta hallamos el santuario gótico de la Virgen de la Arconada; no hay palentino que al pasar no se detenga elevando sus preces a la venerada imagen.

De lejos vislumbramos una esbeltísima torre que dominaba el llano, era la colegiata; habíamos llegado a la villa de Ampudia. Nos acompañaban el amigo Carrasco y D. Eloy Rico, catedrático palentino, experto guía, hijo de la comarca y conocedor de sus secretos. Grande fué nuestra decepción en el archivo parroquial: los pergaminos de Husillos habían emigrado. Desalentados, encaminamos nuestros pasos a la Casa consistorial, y en ella encontramos compensación a nuestro pasado desencanto. En curiosos diplomas, que duraban más que los reinos y los poderosos imperios, hallamos memoria de personas y sucesos dignos de perpetuo recuerdo. Culminaba entre ellos la figura de una Reina de Castilla, de temple varonil, Doña Violante de Aragón, hija de Jaime el Conquistador. La preocupación constante de esta reina, en los últimos años de su vida, fué la instauración, en el trono castellano, de sus nietos, los infantes de la Cerda. No perdonó medio para conseguirlo, y el año 1296 era Doña Violante el alma de formidable coalición que laboraba sin descanso en tierra de Palencia. En Febrero, se hallaba en Ampudia, y de esa data es un precioso pergamino, con cinta de seda de colores rojo, negro y blanco. Por su brevedad nos permitimos insertarlo.

«Sepan quantos esta vieren como yo donna Yolonte por la gracia de Dios, Reina que ffu en Castiella et en León mientras Dios por bien lo tono. Por muchos sservicios que ffezieron el Conceio de *Ffuentpudia* (Ampudia) mios vassallos, et me ffazen cada día, et por les ffazer bien et merçed, tengo por bien de les dar una casa que yo tengo, entrada (usupada) de Domingo

Alfonso en aldea del monte de *Ffuentpudia* que sso-
lian seer del Conceio. Et por carta de premio que
ganó este Domingo Alfonso del Rey don Sancho mio
ffijo, para el Conceio ovieron gela a dar ssin su grado.
Et dogelas con todas ssus pertençias que la ayan
libre et quita assi como la avien ante que el Rey Don
Sancho mio ffijo la diesse a Domingo Alfonso. Et
deffendo firmemiente que ninguno non sea osado de
gela embargar nin de gela contrallar en ninguna ma-
nera, que qualquier que lo fiziesse pesar mie; et a el
que lo oviesse me tornaría por ello. Et desto les man-
dé dar esta mi carta seellada con mio seello colgado.
Dada en *Ffuentpudia*. La Reyna la mandó nueve
días de Ffebrero, era de mill et trescientos et treinta et
quatro annos. Yo Johan Martínez la escriví.»

Esta carta sencilla y contundente pinta a maravilla el carácter de su autora. Sin embargo, la enérgica anciana no consiguió su propósito; los deseos de Doña Violante se estrellaron ante la firme actitud de la reina María de Molina, que con singular talento defendía la corona de su hijo Fernando. Desalentada Violante abandonaba la tierra de Ampudias y emprendía el viaje a Roma; de regreso, ya sexagenaria, moría en Roncesvalles.

Otro pequeño pergamino contiene la donación de Castrillo hecha al concejo de Ampudia por Don Alfonso, hijo del Infante de Molina, hermano de Don Fernando; un primoroso sello de cera ostenta las armas del prócer; son un leoncillo rampante, rodeado de ocho castillos. Esta pieza sigilográfica, única en su clase, fué cedida galantemente por el municipio ampudiense para que el Archivo Histórico Nacional hiciera una impresión. Por nuestra mediación se realizó el valioso préstamo.

No es el archivo la única joya de Ampudia. Situada la población en las estribaciones de pintoresco cerro, la rodea una riente campiña digna orla de su colegiata, donde reposan los restos de los Herreras y Ayalas que antaño la fundaron. Hay noticia de la existencia de fuertes muros que ampararon la pujanza de Don Juan Nuñez de Lara rebelado contra la realeza. Ampudia no quiso defender al rebelde, y el poderoso magnate buscó refugio en lejanas tierras.

Ampudia, la villa leal a los Reyes, por azarasas vicisitudes de los tiempos era en los comienzos del siglo xvi el baluarte de los Comuneros rebelados contra el César Carlos V. Ondeaba en sus muros, ya derruidos, el pendón de su señor el conde de Salvatierra fervoroso comunero. Hoy un hermoso castillo de cuadradas torres y cubos almenados nos muestra la pasada grandeza de la villa castellana. Perdida y recobrada por Juan de Padilla, en más de una ocasión sus fuertes muros fueron seguro refugio de los Comuneros. Una tradición local refiere que los vecinos de Ampudia acudieron a la triste jornada de Villalar. Triunfante la causa realista, el Conde de Salvatierra sufrió duro castigo, y desde entonces Ampudia vive de remembranzas del pretérito. Un tiempo la poseyó el Duque de Lerma, valido de Felipe III; en nuestros días la Casa de Alba dispensa su paternal protección en aquella comarca.

ANTONIO BALLESTEROS BERETTA

De la Real Academia de la Historia.

